

HASTA el año 1940, el ballet era un espectáculo que en México habían tenido oportunidad de conocer únicamente los más fieles asistentes al entonces flamante Palacio de las Bellas Artes. Flotaba aun en ese ambiente el recuerdo de Anna Pavlova, Alexander Volinine, Pavel Oukranksy, exponentes de una gran tradición que fulguró en los escenarios del Arbeau, Iris y Rialto, a la que se había sumado, sin causar una impresión tan claramente definida como la dejada por los anteriores, la masa de brillantes espectáculos que constituyeron la inauguración del Teatro de Bellas Artes: el Ballet Russe, Antonia Mercé (la famosa Argentina), y la joven ballerina Tamara Toumanova, cuyo paso por nuestro país fué, como siempre fugaz y exclusivo de la metrópoli.

Así como el arte coreográfico español y la danza clásica habían horadado con fuerza violenta la sensibilidad de la capital, muy pronto causó efectos semejantes la afluencia de artistas que traían un mensaje ini-

cial del ballet moderno, procedente de Norteamérica. La inmigración republicana española acabó de despertar el interés general y la ambición de crear un Ballet Mexicano, esta vez no para las minorías, sino para una gran mayoría que sobrepasara los límites de la ciudad de México, invadiendo los más apartados rincones de la provincia.

Para integrar físicamente aquella idea del espectáculo, se hacían necesarios músicos experimentados, coreógrafos, diseñadores de escenarios y vestuarios especiales, escritores que produjeran libretos, maestros de danza, bailarines ante todo, y técnicos del foro más o menos enterados de la producción escénica del ballet. No se trataba pues de una empresa fácil; pero una vez vivo el interés, nuestro país no podía substraerse a la inquietud que sembraran Europa y Norteamérica al presentar en nuestros teatros a sus fabulosas estrellas y sus grandes compañías, compendios de arte desarrollado hasta sus más elevados índices de expresión.

Así nació el primer brote serio en los anales de la danza mexicana, hoy situada en un lugar digno con relación a las naciones más avanzadas en esta rama del arte. La reunión de aquellos artistas se llamó *La Paloma Azul*, y su lema, tomado de Lope de Vega, fué: "Las artes hice mágicas volando".

Para la dirección coreográfica, fué traída expresamente la famosa bailarina norteamericana Anna Sokolow. Los españoles Rodolfo Halffter, músico, y José Bergamín, literato, ocuparon simultáneamente los otros puestos clave del triángulo fundamental. Y, en la administración, tuvieron parte muy importante, doña Adela Formoso de Obregón Santacilia, el pintor Manuel Rodríguez Lozano y Agustín Leñero. Comenzaba el año 1940, y la primera temporada habría de tener verificativo en el otoño del mismo año.

Integraba el corps de ballet de *La Paloma Azul* una veintena de bailarines cuya mayoría, actualmente, ha llegado casi a la cima de sus ambiciones y se encuentra a la cabeza del movimiento nacional de la danza moderna, después de las importantísimas experiencias que fueron: la Escuela Nacional de Danza (de donde brotó el Ballet de la Ciudad de México), y la Academia de la Danza Mexicana, que está siendo objeto de una total reestructuración por parte de la administración del Instituto Nacional de Bellas Artes. Sus nombres, tal como

un ballet verdaderamente nacional, hoy explotado abiertamente en todas sus facetas por los más brillantes talentos artísticos mexicanos: En la escenografía, escribieron capítulos que han volado por sobre nuestras fronteras, el desaparecido José Clemente Orozco, Rufino Tamayo, Roberto Montenegro, Julio Castellanos, y otros, de los cuales surgieron los proyectistas y decoradores teatrales que actualmente colaboran en la producción monumental de las artes escénicas por toda la República.

Esta labor, que por momentos ofrece visos de gigantesca e increíble, se apoya en el pasado cercano de aquella temporada otoñal de *La Paloma Azul*, cuyo debut tuvo verificativo la noche del día 17 de septiembre de 1940 a partir de las veintiún horas quince minutos.

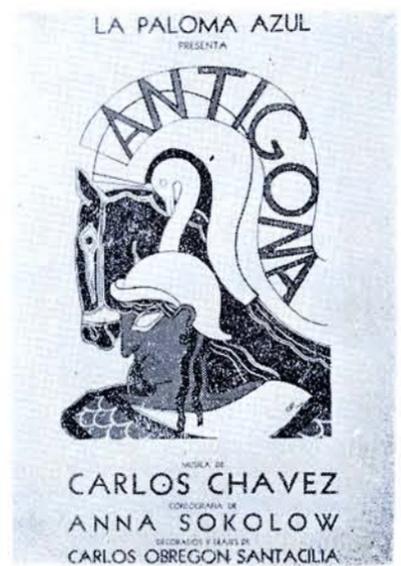
Ocho representaciones (cuatro de abono y cuatro extraordinarias) constituyeron la temporada. El público capitalino tuvo oportunidad de admirar la obra conjunta de los inolvidables artistas fundadores de *La Paloma Azul*, repartida convenientemente en los programas; desfilaron ante la audiencia mexicana: "Entre Sombras Anda el Fuego", con música de Blas Galindo; "Antígona", de Carlos Chávez, Anna Sokolow y Carlos Obregón Santacilia; "Don Lindo de Almería", sobre la partitura de Rodolfo Halffter, coreografía de Sokolow y diseños de Antonio M. Ruiz; "Lluvia de Toros", de Halffter (que adaptó la música de Fray Antonio

los Mérida. De aquella temporada fué también "La Madrugada del Panadero". Para complementar las programaciones, se incluyeron números de carácter internacional ejecutados por Anna Sokolow sobre música clásica.

los Mérida. De aquella temporada fué también "La Madrugada del Panadero". Para complementar las programaciones, se incluyeron números de carácter internacional ejecutados por Anna Sokolow sobre música clásica.

los Mérida. De aquella temporada fué también "La Madrugada del Panadero". Para complementar las programaciones, se incluyeron números de carácter internacional ejecutados por Anna Sokolow sobre música clásica.

los Mérida. De aquella temporada fué también "La Madrugada del Panadero". Para complementar las programaciones, se incluyeron números de carácter internacional ejecutados por Anna Sokolow sobre música clásica.



los Mérida. De aquella temporada fué también "La Madrugada del Panadero". Para complementar las programaciones, se incluyeron números de carácter internacional ejecutados por Anna Sokolow sobre música clásica.



bre la danza, casi todos estuvieron de acuerdo en que las composiciones estrenadas eran magníficas, y el movimiento intelectual de la metrópoli recibió un fuerte impacto, que de inmediato se tradujo en interés por el nuevo brote y, luego, en la reunión de sus fuerzas activas, de donde partió la gran producción artística multilateral, hoy ampliamente divulgada por toda la extensión de la patria y estimada igualmente por los públicos de Norteamérica y Europa.

La Escuela Nacional de Danza, la Academia de la Danza



Mexicana, el Ballet de la Universidad Nacional Autónoma de México y cinco empresas que han preferido actuar a la sombra de la iniciativa privada, deben su existencia a una idea que hoy nos parece tan lejana y borrosa y que se reduce exclusivamente a unas cuantas líneas de la historia escrita del arte mexicano: *La Paloma Azul*. "Las Artes hice mágicas volando", de Anna Sokolow, José Bergamín, Rodolfo Halffter, Carlos Chávez, Blas Galindo, Revueltas, Rodríguez Lozano, Mérida, Ruiz, las Gutiérrez, las Reyna y del resto de aquella veintena de pioneros del ballet nacional.

